

El Pasado.--La Reacción clásica

CAPITULO XXV.

LOS REACCIONARIOS INMORTALES.

Juan N. Almonte y los bellacos que en una tarde infausta discutieron en el Castillo de Miramar el más infame de los convenios, no han muerto; aquellos hombres de pensamientos tortuosos y de caras hipócritas, que, serenamente, discutieron las bases sobre las cuales su Patria abdicaba de su sagrada independencia y de su dignidad; aquellos hombres a los cuales no tembló la mano, ni sintieron en el corazón el más leve estremecimiento cuando firmaron, fríamente, aquel monumento de ignominia que trajo a nuestro suelo al relamido mentecato de las barbas doradas, no han muerto.

Su espíritu ha sido conservado cuidadosamente en el fondo de muchas conciencias ennegrecidas; los pensamientos y el egoísmo de aquellos hombres han surgido nuevamente a través de los años en hombres que, si bien con distintos rostros que los de aquellos traidores, tienen, en cambio, igual el alma y semejante el corazón.

Federico Gamboa, el mediocre literato convertido al catolicismo cuando sus energías físicas, no sólo no le permiten ya ningún placer, sino que apenas si lo dejan tenerse en pie. Federico Gamboa con los cabellos blancos, el rostro cadavérico y su aspecto todo verdaderamente esquelético, es un

curioso caso de conversión al catolicismo. Como sus labios ya no pueden besar, rezan; como sus manos temblorosas no pueden asir los pechos palpitantes de una mujer, aprietan convulsiva y desesperadamente las cuentas del rosario; como sus ojos turbios por los orgiásticos desvelos ya no pueden soportar el luminoso amanecer frente al tapete verde del Baccarat, sueñan en las sombrías iglesias e imploran a las indecisas figuras de los santos y de los mártires.

Gamboa es una ruína viviente que, pulverizada por los vicios, a la hora suprema del reuma, de la dispepsia y de la neurastenia, busca el perdón de sus pecados en un tardío e insincero arrepentimiento y de paso, amparado bajo la sombra del catolicismo, busca también su medro personal, y con el espíritu puesto en el extremo de una borrachera de misticismo y de ambición, mira vagamente los perfiles de utópica silla presidencial.

Querido Moheno, de quien pretendió haber hecho el juicio más lapidario y concreto que pueda darse, «es el más cínico de los políticos y el más político de los cínicos.»

Félix Díaz es el arquetipo de la estulticia; su cabeza es el resumen, el compendio de la más inconcebible imbecilidad; en los dedos de sus pies, entre los cabellos de su espeso bigote empomado y cursi, en todos los resquicios de su cuerpo chaparro de burgués, se albergan partículas de estupidez. En las manos de sus partidarios, Félix Díaz es un dócil é inconsciente instrumento. Firma manifiestos, preside asambleas, escribe cartas, da dinero a todo el que se lo pide; y todo esto en un estado sonambúlico, sin darse cuenta de por qué lo hace, ni cómo lo hace. Es este monolítico personaje el eje de una constelación famélica y amoral.

Elguero padre e hijo son absolutamente dignos el uno del otro; sería imposible concebir a José Elguero sin padre como

Francisco; por las venas de ambos corre la propia sangre del traidor Juan N. Almonte.

Y en el círculo de estos conspiradores ilusos encuéntranse generales y jefes ex-federales como Medina Barrón, que, a pesar del mucho dinero que se robaron y que pudieron haber empleado en magnesia, aún no han podido digerir la vergüenza de su derrota y mastican, iracundos, descabellados proyectos de venganza.

El círculo es dantesco y no se puede mirar a él sin sentir horror. En cada una de las conciencias de esos hombres fermenta el odio, palpita la traición. Conspiran incansablemente, se entienden con Angeles a quien llaman, con justicia, «hermano», tienen constante comunicación con arzobispos y clérigos que no dudan de que sus moradas vestiduras sean enrojecidas por la sangre y que, olvidándose de que su misión es de paz sobre la tierra, cambian el crucifijo, símbolo de su misión, por el arma que habrá de matar a sus hermanos.

Hierven en ese círculo de villanías las más desenfrenadas pasiones; deliran esos hombres insensatos en recuperar sus sillas de sátrapas para oprimir y para embriagarse de poder y de crímenes. Los procónsules destronados sueñan con los feudos en donde violaban, robaban y mataban; su pesadilla constante es apoderarse del mando, del dinero y de algo mucho más grande, de algo que por ser inmaterial y divino, es imposible de asir, que por su condición de obicuidad, que por su grandeza y por su fuerza, no puede ser oprimido ni puede ser subyugado: la Libertad.

Ellos son los reaccionarios inmortales; todos ellos tienen en sus venas sangre de traidores, de Almonte, de Leonardo Márquez, de Santa Ana. . . .

Ellos son; conspiran incansablemente y, como Almonte

y aquella maldita comisión de «notables» que lo secundó, buscan también por todos los medios la intervención que les devuelva siquiera sea parte del poder perdido. Si pueden, y encuentran un iluso príncipe extranjero que quiera seguirlos, lo sentarán en la silla de Benito Juárez; si no encuentran un príncipe, traerán a cualquier yanqui ambicioso y millonario que les preste dinero para comprar fusiles, y, si tampoco lo encuentran, son capaces de traer, si pueden, un mecanógrafo de Bryan o un lacayo del Káiser.

CAPITULO XXVI.

LA VUELTA DE LA ISLA DE ELBA.

Resueltamente, el vencedor de Marengo-Bachimba, Napoleón Huerta, quiere que las águilas marihuanas vuelvan a preponderar en las tierras de Netzahualcoyotl.

La vuelta de la isla de Elba es un hecho: Napoleón Huerta y su lugarteniente, Pascual Orozco, preparan su glorioso retorno y a su sólo conjuro, como en un absurdo aquelarre, concurren en San Antonio Texas multitud de ex-generales federales (toda la vieja guardia de la bellaquería). Generales decrepitos, de nariz ganchuda y de aspecto fantasmagórico.

Generales y partidarios civiles, viejos casi todos, con las caras esqueléticas por los vicios, con los ojos hundidos por las orgías, con las bocas desdentadas por los años; gotosos y ahitos de achaques, estos incansables traidores son la viviente imagen del pasado. Representan, hasta en su físico, todo el caduco ayer con lo que tiene de carcomido y abyecto.

Y esta turba de ingenuos e incansables conspiradores, es cada día más grande. Los generales de las antiguas legiones abandonan a sus queridas, se quitan las pantuflas y la pachorra y llegan a San Antonio a saludar y ofrecer su espada, llena de moho y de lodo, al grande hombre que a la suprema hora del desmoronamiento se escapó, dejándolos abandonados.

Las ambiciones de todos los generales, tan ignorantes como cobardes, son tales, que no han vacilado en volver a brindar su ayuda al hombre del fracaso y al hombre del puñal.

Napoleón Bonaparte volvió de la isla de Elba y las legiones realistas arrojaron las armas a los pies del héroe y se pusieron de rodillas, pero Napoleón condujo a su ejército por el camino, para él, inacabable, de la gloria.

¿Qué busca esa falange de insensatos agrupándose en torno de un hombre que teniendo en sus manos todas las armas perdió la partida?

Si Huerta fracasó cuando tenía gran parte de la opinión europea y nacional a su favor, cuando en sus áreas sobraba el dinero y cuando controlaba el ejército, todo el territorio, las redes ferroviarias, etc., ¿qué razón humana o divina existe para que el hombre, a quien aniquilamos con todos los elementos, no lo pulvericemos cuando no tiene ninguno?

¿Este claro razonamiento no habrá penetrado en el cerebro de los conspiradores de San Antonio? No. Su despecho les nubla los ojos y su ambición les atrofia la inteligencia: Sólo así se concibe ese descabellado proyecto que acaba de motivar la significativa aprehensión de Orozco y Huerta en los Estados Unidos.

Sin embargo, yo lamento esta medida del gobierno americano. Es preciso que Huerta y los que lo siguen se rompan definitivamente las narices contra la realidad, para que esta última esperanza de la reacción quede desvanecida.

Yo deseo que el gobierno americano ponga en el acto en libertad al tiranuelo para que, cuanto antes, penetre en territorio nacional.

Yo deliro con mostrar a mis hijos el péndulo encantador de un cadáver oscilando indecisamente, con tumbos de ebrio, para que vean desde pequeños cómo mueren los traidores:

Sólo la borca infamante pondrá punto final a esta esperanza inmortal de los reaccionarios.

Que vuelva Huerta de la isla de Elba, que vuelva cuanto antes. Que penetre en territorio con todos sus amigos, y, a cambio del magnífico botín, le haremos al ahorcarlos una concesión: para que su estrangulamiento sea más rápido y sufra menos le colgaremos una piedra de cada pie: de uno Pascual Orozco y del otro Félix Díaz.

ALÍ BABÁ Y LOS 40 LADRONES.

Huerta y Orozco, dice *El Pueblo* de ayer, han sido puestos en libertad mediante una fianza de quince mil dólares el primero y de siete mil quinientos el segundo. Se tiene como seguro dice también *El Pueblo*, que serán encarcelados otros reaccionarios de los que conspiran en las ciudades del Sur de los Estados Unidos.

Huerta y medio Huerta (Orozco que fué tasado en los Estados Unidos en la mitad del precio de Huerta) fueron encarcelados, y una hora después de fijada la fianza, pagada en resonantes dólares, con una rapidez conmovedora.

Para que Huerta y Orozco hayan pagado en un segundo \$247,500, es preciso que sus rapiñas fuesen verdaderamente decorosas.

La captura de Alí Babá, naturalmente, ha causado gran alarma entre los cuarenta ladrones congregados en San Antonio, porque, como se sabe, Alí Babá era el único que poseía el sésamo para que la puerta de los tesoros se abriese.

Los mejores generales lanzaron juramentos y acariciaron, con disimulo, para evitarse el seguir a Huerta en Fort Bliss, el puño de su espada; Gamboa con su timidez de pájaro cambió de hotel y dijo en voz alta, a quien quiso oírlo, que él no

revolucionaba, que él tan sólo, desde la autoridad de sus canas, aconsejaba a los hombres que se amaran los unos a los otros. Esto lo dijo enjugándose una furtiva lágrima. Elguero, padre, confesó y rezó un triduo, mientras Elguerin, ebrio, debajo de una mesa, roncaba después de una orgía pagada por uno de los cuarenta.

Entre tanto, Alí Babá fumaba desesperadamente marihuana y ganaba inconcebibles batallas montado en un elefante y vestido de torero. Orozco, monolítico como siempre, se rasaba la pétrea cabeza, sin entender nada de lo que le pasaba, abriendo desconcertado los pequeños ojos. De lo único que se dió cabal cuenta fué de que tuvo que pagar siete mil quinientos dólares, pero esto tampoco le preocupó mucho; ¡son tan fecundos en acoutecimientos los pueblos desguarnecidos! ¡En las cajas de las ancianas beatas suele haber joyas antiguas de tanto precio! ¡Los curitas ventrudos guardan tantas maravillas en las sacristías, y en las cajas de los comerciantes pequeños hay tan sorprendentes economías! El primer impulso de los cuarenta, al saber la aprehensión de Alí Babá, fué huir, pero su rapacidad fué más poderosa que su miedo. El Territorio nacional apareció a sus ojos vasto y rico y sus dedos sintieron el vértigo de lo ajeno.

Mientras Alí Babá y Alí Babó salen del proceso que se les sigue, los cuarenta continúan limpiando sus armas, preparando los antifaces y afilando las uñas, para la realización de este cuento de las mil y pico de noches que se llama la restauración.

UNA FRATENIDAD ENCANTADORA.

El Pueblo de ayer publica unas cartas que prueban las relaciones establecidas entre Victoriano Huerta y Manuel Estrada Cabrera, para que el primero reciba del segundo ayuda en su proyecto de restauración en México, a cambio de misteriosas concesiones que hará el futuro (?) Gobierno del usurpador al insigne Estrada Cabrera.

Nada más armónico que esta alianza. El verdadero aliado de Huerta es Estrada Cabrera. Nacieron estos dos hombres para comprenderse y amarse. Ambos tiranos se alimentan de sangre. Las diestras de estos dos horrendos personajes están habituadas a firmar sentencias de muerte y es justo que con tales habitualidades se junten y se estrechen fraternalmente.

Dormirán juntos, y recíprocamente se defenderán de los fantasmas nocturnos. Los remordimientos serán menos elocuentes; los crímenes del uno encontrarán atenuantes en los del otro. El ayuntamiento de estos dos monstruos es algo ideal, perfecto, dentro del orden de las monstruosidades.

Desde el punto de vista moral este himeneo político es admirable por su congruencia. Desde el punto de vista práctico es insensato, porque ¿cuál puede ser la ayuda de Estrada Cabrera para Huerta?

¿Hombres? Si los hubiera en suficiente número en Guatemala, Estrada Cabrera estaría muerto.

¿Dinero? Todo el que hay es poco para llenar las ambiciones de Cabrera.

¿Consejos? Huerta borracho no está en condiciones de escucharlos y en su juicio es demasiado «napoleónico» para conseguirlos.

Estrada Cabrera le puede dar a Huerta una sola cosa: la mano.

Pero la mano de Estrada Cabrera está manchada con sangre y lodo y al juntarse con la de Huerta producirán ambas una cloaca, pero no una revolución.

Las revoluciones no las hacen los hombres sino los pueblos.

Huerta quería a todo trance un aliado extranjero, pero como sus crímenes, como la trompeta del apocalipsis, dijeron en todas partes quién era, fatalmente, lógicamente, cayó en los brazos de Estrada Cabrera.

Es claro que, a pesar de todos los gigantescos proyectos de estos dos obeliscos de la infamia, la Revolución Mexicana llegará a su glorioso término.

Huerta seguirá rumiando sus despechos hasta que muera. Entonces debe ser enterrado junto con Estrada Cabrera, Blanquet, Félix Díaz, Villa y Zapata, cuyos cadáveres remitiremos a tierra guatemalteca por subscripción popular.

El epitafio que colocaremos sobre las cenizas de estos canallas, será el siguiente: «Aquí, bajo esta piedra, yacen otra piedra y cinco asesinos. La maldición de las generaciones futuras caiga sobre los descendientes de estos hombres viles.»

Es claro que la misa de sufragio por estas almas negras debe cantarla Mora y del Río, oficiando de acólitos Francisco Elguero y Federico Gamboa.

¡Viva la armonía universal!

CAPITULO XXVII.

LAS BLANCAS MANOS DE JOSE MORA Y DEL RIO.

José Mora y del Río es un viejecito blanco, transparente, parsimonioso y como ingravido al andar, meliflúo al hablar, de ojos extáticos y claros como el cielo, de cabellera de plata, y de blancas manos; manos marfileñas, manos de venas azuladas, manos de santo

S. I. José Mora y del Río, arzobispo de México, es una figura espiritual que inspira devoción; cuando las mujeres lo vieron por la primera vez en México, se precipitaron a besar el anillo episcopal del virtuoso prelado y se hicieron lenguas, por esas calles, de la pureza de sus manos y de la tranquilidad de sus miradas.

Cuando el Sr. Arzobispo dijo la primera misa y sus manos levantaron la hostia consagrada, no se supo quien era más blanca: si la hostia o la mano del prelado. ¡Oh, manos maravillosas entrejidas de luna, dignas de todas las consagraciones; manos hechas para acariciar las almas; manos forjadas para bendecir y perdonar.

*
* *

La vida nos muestra extrañas anomalías y raras contradicciones. La mujer más hermosa es la más pérfida; los labios más grotescos suelen ser los más elocuentes; el hombre más chico puede ser el más grande y un manco labra mara-

villas escultóricas. Así también, ¡ay!, las manos más blancas pueden ser las más negras.

Benvenuto Cellini, con sus toscas manos, hace maravillas orfebraicas y Alejandro de Médicis, con las suyas, las más aristocráticas y finas de la historia, esgrime el puñal y acaricia la carne palpitante del más grande de los pecados capitales.

La querida del almirante Nelson, dueña de unas manos incomparables, envilece con ellas a ese hosco, fiero y valiente marino; Catalina de Médicis con sus manos, manos de Médicis, compone un brevaie envenenado; Felipe II, de manos regias, largas como dagas y blancas como la cera, firma las más ignominiosas sentencias. Y César Borgia y San Ignacio de Loyola, y Mazarino.!

Son incontables las manos blancas que saben hacer perfidias. Son multiformes y múltiples las apariencias físicas que engañan. Hay almas obscuras detrás de los más claros ojos; hay huellas de negros crímenes es las manos más blancas y suele haber sangre, traiciones, vilezas y muerte en las transparentes aguas de las amatistas episcopales.

¡Oh, las blancas manos de José Mora y del Río! Cuántas cosas podía leer en ellas un quiromántico. Tantas maravillas descubriría que la hostia no volvería a dejarse tocar por ellas para no ser profanada.

*
* *

José Mora y del Río, con toda la hipocresía de su estirpe jesuítica, fué cómplice de las infamias de Huerta. José Mora y del Río, desde las obscuridades de sus gabinetes secretos, conspiró a favor del pétreo Félix Díaz, ayudado en su pérfida labor por una turba de canónigos ventrudos y be-

llacos y por una falange de damas aristocráticas y adúlteras.

José Mora y del Río ordenó que todos los sacerdotes sujetos a su férula se negaran a que se hicieran honras fúnebres en memoria del apostólico Madero y de Pino Suárez. Mora y del Río supo los crímenes de Huerta y siguió dando a éste la mano y a Félix Díaz el dinero.

Mora y del Río comía en el mismo plato de Urrutia, y, juntos, sacrílegamente, oraban frente a cualquier imagen en sus regios oratorios, para que las conspiraciones salieran con bien y sus ambiciones cristalizaran en realidad.

Mora y del Río arrastró por el lodo de todas las intrigas y de todas las infamias sus moradas vestiduras, mojó su mitra y su báculo en sangre, y sus manos, negras de infamias, siguieron perdonando y bendiciendo a los pecadores

Pero Mora y del Río hizo más: coronó su obra con una infamia mayor, con una vileza, que si tiene por acaso hijos espúreos no labarán jamás ni con el agua lustral de todos los siglos. Mora y del Río acaba de pedir al Gobierno americano, y la prensa toda de aquel país ha publicado sus palabras, la intervención; ha dicho que sólo los extranjeros pueden salvar a México. Y en esta labor de intervención y de crimen, trabaja ahora diligente el prelado de las blancas manos

Bien, la obra es digna del héroe; ni me sorprende ni me asombra; tal villano tenía que ser un traidor digno de que la tierra que lo vió nacer no lo cubra maternalmente cuando muera.

¡No, no merece esta tierra santificada de mi Patria el castigo de cobijar esas manos blancas, que han hecho tantas cosas negras!

CAPITULO XXVIII.

SOY UN HOMBRE QUE HA REFLEXIONADO.

Un amigo culto y constitucionalista acaba de llegar de la Habana, y, como yo le preguntara por lo que hacen y dicen en aquella isla mis compatriotas emigrados, díjome, en buenas y claras palabras, las circunstancias de aquellos hombres. Algunos de ellos merecen capítulos separados por su pasada significación.

Pregunté á mi amigo, entre otros, por Luís G. Urbina, y con sorpresa supe que Urbina habla muy bien de la revolución, de la que se muestra partidario y a propósito de la cual ha escrito en *El Figaro*, de la Habana, un artículo sereno y justo, en el que acaba de reconocer toda la gran justicia que mueve a la revolución.

Este artículo, que fué escrito hace dos meses, termina con esta frase que debe ser un punto de meditación para los demás emigrados. Dice el poeta de las *Ingenuas*: «No hago rectificaciones: soy un hombre que ha reflexionado.»

Todos los emigrados que sirvieron a los pasados gobiernos equivocados o movidos por un mezquino interés de sueldos, pero que no robaron ni cometieron crímenes, deben tener la honradez de Urbina reconociendo que el pasado fué ignominioso, que el presente es todo lo que se quiera, pero transitorio, y que el porvenir, por la generosidad de los principios revolucionarios y por la indiscutibilidad de Carranza, es halagüeño.

Ya que por ahora esos emigrados no pueden volver a su

patria, en el país en donde se encuentran deben pensar en ella trabajando con la pluma y con los labios por nuestro prestigio, que es el de la República.

Que reflexionen sin pensar tanto en sí mismos: que se olviden de las casas que les ocuparon o de los sueldos que han dejado de cobrar, y que, pensándolo serenamente, acaben por reconocer que el constitucionalismo tiene razón.

Los fracasos de Huerta, a los que tuvieron un vestigio de esperanza, habrán convencido de que los asuntos mexicanos, por hoy, no los arreglan sino los mismos hombres que se encuentran luchando en el propio territorio nacional.

En San Antonio se pueden escribir admirables proclamas; en Madrid se puede vociferar en los cafés, y en la Habana es fácil hacer, como Lozano, proyectos de ley para cuando Huerta vuelva a profanar la silla presidencial. Pero todas estas formidables máquinas contrarrevolucionarias son de una completa ineficacia.

Como medio para distraer los ocios de las emigrados y como espita para dar salida al despecho, bien; pero la realidad está tan lejos de esas garrulerías como la juventud de Federico Gamboa.

Si, en efecto, entre los emigrados los hay de buena fe, y Urbina es un ejemplo, que dejen las estériles maldiciones para los labios del bellaco de Mora y del Río; que abandonen los proyectos descabellados a cargo de la marihuana y que cedan la palabra para desprestigiar a México a Lozano y Moheno, arquetipos de inmoralidad dignos de esa misión.

Que los hombres de buena fe se retiren de tan perversas compañías; que piensen detenidamente en la inmensidad de la palabra Patria; que estudien la revolución; que conozcan a Carranza y que, siguiendo el ejemplo de Urbina, no rectifiquen, sino que reflexionen.

CUARTA PARTE

LA CIUDAD DE MEXICO

CAPITULO XXIX.

LA CIUDAD MALDITA.

Sobre la ciudad maldita, México, se han fulminado todos los anatemas; sobre sus habitantes han caído hiperbólicas diatribas, sobre sus palacios desatáronse cataratas de injurias y sobre sus calles tempestades de maldiciones y denuestos.

México fué para nosotros el compendio de todo lo malo; la concreción de la perfidia; el símbolo de la inmoralidad. México era una hetaira que se entregó a todos los que supieron tiranizarla. Esta ciudad, digna del fuego sagrado que todo lo depura, vivía en una constante orgía como una cortesana. Como tal, su vida era sibarítica, indolente. Todos los placeres le parecían pequeños y todos los afeites escasos.

Hasta aquí el sentimiento constitucionalista, complejo y difícil de analizar, aunque el hecho de que fuese la capital el mudo escenario del cuartelazo de Félix Díaz y el impasible testigo del asesinato de Madero, explica, en gran parte, el odio concentrado que tantos constitucionalistas sienten por la ciudad maldita.

Pero no nos abandonemos a los ciegos arrebatos del sentimiento y razonemos serenamente sobre el verdadero carácter de esa clara y hermosa ciudad.

México, como una gran ciudad cualquiera, no tiene un